



YANIS VAROUFAKIS

OTRA REALIDAD

¿CÓMO SERÍA UN MUNDO JUSTO Y
UNA SOCIEDAD IGUALITARIA?

CRÓNICAS DE UN PRESENTE ALTERNATIVO

DEUSTO

Otra realidad

¿Cómo sería un mundo justo
y una sociedad igualitaria?

YANIS VAROUFAKIS

Traducción de Alexandre Casanovas



EDICIONES DEUSTO

Título original: *Another Now*

© Yanis Varoufakis, 2020

© de la traducción: Alexandre Casanovas López, 2021

© Centro de Libros PAPP, SLU, 2021

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-3227-1

Depósito legal: B. 1.614-2021

Primera edición: marzo de 2021

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

La modernidad vencida

Iris

Iris y yo nos conocimos en la distopía que era la vida universitaria inglesa. Ambos estábamos deprimidos, ella en Sussex y yo en Essex. «Sexo [*sex*] con un prefijo», solíamos bromear. A principios de 1982 nuestros caminos se cruzaron por primera vez. Fue en la London School of Economics, en uno de los innumerables encuentros organizados por activistas de izquierdas con el propósito de combatir el thatcherismo. Tras dos horas escuchando a oradores tediosos, que se dedicaban a echar los hígados desde el escenario, Iris se levantó para hacer su aportación. Estuvo magnífica.

—Mientras escuchaba a los oradores anteriores —dijo en un tono resuelto pero jovial—, no dejaba de pensar en mi interior: ¡Dadme a Maggie Thatcher, siempre! —Como resultaba evidente que disfrutaba con las expresiones de consternación del público, continuó—: A diferencia de vosotros, mis queridos amigos, Maggie lo ha comprendido. Vivimos en un momento revolucionario. El armisticio de la guerra de clases ha terminado. Si queremos defender a los débiles, no podemos ir a la defensiva. Tenemos que defender lo mismo que ella: acabemos con el viejo sistema; y traigamos uno completamente nuevo. No el sistema distópico de

Maggie, está claro, pero sí uno completamente nuevo. Todos os dedicáis a embalsamar cadáveres, mientras Thatcher está cavando tumbas. Si me condenaran a escoger entre ella y vosotros, siempre la escogería a ella. Por más monstruosa que pueda llegar a ser, ¡al menos siempre se la puede subvertir!

Aquello fue mi bautismo de fuego con el feroz espíritu de Iris. Pero, aunque sus palabras causaron una gran impresión en muchos de nosotros, también la condenaron al ostracismo. A los radicales no les suele gustar que nadie denuncie su banalidad. Cuando en una ocasión la acusé de comportarse como un lobo solitario, y no como una auténtica defensora de la solidaridad, me respondió orgullosa y sin ninguna ironía:

— ¡Ésa soy yo!

Con los años, la tendencia natural de Iris a enemistarse con aquellos que comulgaban con su visión del mundo se fue agravando en proporción a la adopción del ideal contrario por el conjunto de la sociedad. El mayor triunfo de Thatcher, desde su punto de vista, era haber logrado que pareciera inconcebible que una persona pudiera hacer algo sin obtener nada a cambio para sí misma. Rebelde hasta la médula, Iris se sentía tan asqueada como estimulada por haber comprendido que todos estaban metidos en el asunto, que todos codiciaban un poder ilimitado allí donde pudieran conseguirlo; incluso en las asambleas donde se denunciaba a Thatcher, la City y las formas más refinadas de avaricia. De este modo, Iris era una feminista apasionada que no podía soportar a la mayoría de las feministas, por considerarlas unos actores privilegiados que tenían miedo de la libertad sexual, además de la costumbre de hablar sobre —y en nombre de— aquellas que deberían estar liderando el movimiento contra el patriarcado. Era una lesbiana que también se acostaba con hombres por «una tendencia a la solidaridad con el género defectuoso y una predilección por tocar las narices a las lesbianas». Era una marxista que despreciaba a la mayoría de los marxistas por utilizar la narrativa emancipadora de Marx para abusar de otros camaradas, construir su propio núcleo de poder, ganar puestos de influencia, acostarse con alumnas influenciables y, al final, tomar el control del Politburó y enviar al gulag a cualquiera

que los cuestionara. Pero, ante todo, Iris era la pensadora radical del pensamiento radical. Brillante y enérgica ahora; problemática y exasperante después.

Aquella noche en la London School of Economics nos pusimos a charlar, posiblemente porque fui la única persona del público que la aplaudió. Unos pocos meses después, una triste noche de diciembre de 1982, Iris me llamó para decirme que estaba ayudando a organizar una manifestación de mujeres a las puertas de alguna base de la RAF —las fuerzas aéreas británicas—, para oponerse al despliegue de unos misiles de crucero estadounidenses orientados a Europa del Este. ¿Podía dejarme caer por la concentración para brindarles mi apoyo? Llegué a Greenham Common a última hora del día siguiente. Bajo una fuerte lluvia, treinta mil mujeres intentaban unir sus manos rodeando la base ante la decidida oposición de la policía. Justo cuando decidí que sería imposible encontrar a Iris en aquel caos, la localicé en medio de la tierra fría y embarrada, mientras dos mujeres arrodilladas a su lado taponaban con un pañuelo el corte que tenía en la frente y que no dejaba de sangrar.

—De parte de un defensor del reino con exceso de celo —me dijo sonriendo orgullosa.

A sus veintiocho años, aunque parecía más joven, Iris llevaba tres cursos completos dando clases de Antropología Social después de terminar su investigación de campo en África, donde había recopilado el léxico y redactado la gramática de las lenguas habladas por dos tribus de Camerún. Unos años más joven, yo me peleaba con mi propio doctorado sobre modelos matemáticos, que Iris despreciaba, no sin razón, por ser «buenos ejercicios de masturbación lógico-positivista». Durante los cinco años siguientes, en los ratos libres que nos dejaban nuestros deberes universitarios, nos sumamos a múltiples causas perdidas; de todas ellas, la huelga de los mineros de 1984-1985 y la disputa de Wapping de 1986-1987 serían las más desalentadoras.¹ Ciento

1. La «Wapping dispute» fue una huelga organizada por los sindicatos de artes gráficas, en concreto de las rotativas que trabajaban para el News International Group de Rupert Murdoch, tras el anuncio del traslado de la produc-

cinco semanas montando piquetes, recaudando fondos y resistiendo en el bando equivocado de la historia nos tendrían que haber separado para siempre... o unido en una amistad indestructible.

Recuerdo que un día, en 1987, fui a verla al hospital después de que la policía montada pasara por encima de ella a las afueras de las relucientes instalaciones de Rupert Murdoch en Wapping, y le pregunté si en alguna ocasión había pensado en dejarlo todo por miedo al dolor físico. Iris respondió que, cuando te unes a una causa justa, aprendes a vivir la vida con la permanente sensación de que en cualquier momento podrías abandonarla, pero sin que nunca te atrevas a hacerlo. No, su único pesar era que organizábamos una lucha fabulosa en defensa de grupos que merecían que alguien los defendiera, pero en honor de causas que sonaban a «anacronismo».

—¿Por qué no podemos poner al país de rodillas para exigir energías limpias y libertad de prensa, en vez de dedicarnos a defender las sucias centrales térmicas que queman carbón y a los hombres que son los líderes sindicales de un periódico de derechas?

La derrota nunca pudo ensuciar el dulce placer que obtenía cuando luchaba con todo en su contra. Y no hubo retirada que pudiera empañar su entusiasmo; a ella le gustaba decir que «una causa justa nunca está perdida», y sólo temía que fuéramos unos leones enviados al campo de batalla por un grupo de asnos.² Entre los autoproclamados líderes de la izquierda, distinguía dos clases diferentes: los que defendían los privilegios que les había concedido el moribundo orden de posguerra y, después, todos los demás, los más radicales, empeñados en sustituir el sistema dominante por un patriarcado distinto, pero igual de opresivo. Sólo cuando aquella misma noche tuve que llevarla a su casa, en

ción a una planta automatizada situada en Wapping. El conflicto se alargó un año (1986-1987), y terminó con la derrota del movimiento sindical. (*N. del t.*)

2. «Leones guiados por asnos», expresión que suele utilizarse para descalificar el comportamiento de los generales británicos con sus tropas durante la Primera Guerra Mundial. (*N. del t.*)

Brighton, desde el hospital, me di cuenta de hasta qué punto estaba poseída por aquella convicción.

—OK, digamos entonces que somos la vanguardia. Pero ¿la vanguardia para qué?

El arrebató de Iris, que rompió un largo silencio, me sobresaltó.

—Recuerda bien mis palabras. En el momento en que nuestros camaradas huelan el poder por primera vez, sacrificarán cualquier principio que puedan tener. Y aquellos de nosotros que decidan permanecer en la disidencia serán demonizados o, lo que es aún más probable, ridiculizados.

Cuando nos detuvimos en la puerta de su casa, parecía taciturna y abatida. Era la primera vez que la veía así.

—No puedo defender todo eso —anunció—. Simplemente no puedo. —Y entonces salió del coche.

Unos pocos meses después, a comienzos del verano de 1987, Margaret Thatcher ganaba sus terceras elecciones consecutivas. Al día siguiente, Iris renunció a su trabajo en la universidad. También dejó de asistir a reuniones políticas. Ni la universidad ni los piquetes le despertaban ya aquella ilusión que le permitía seguir adelante. Gracias a una modesta herencia que había recibido en los últimos años de su adolescencia de parte de un entrañable anciano, un aristócrata a quien le encantaba escandalizar a la sociedad más refinada de la época llamándose a sí mismo «la reina de los maricas», pudo permitirse el lujo de plantarse y dejarlo todo.

—Por alguna razón, él me veía como una musa a la que tenía que mantener, que Dios le bendiga.

Y, por alguna extraña razón, me pareció que su justificación tenía todo el sentido del mundo y decidí no indagar más en la cuestión.

Cuando le pregunté las razones de aquella doble huida, me respondió enseñándome dos hojas de papel. Una era una circular de la Universidad de Sussex en la que se describía a los estudiantes como «clientes».

—Si eso es lo que son, pertenecen a la clase de los que nunca tienen la razón —comentó.

La segunda hoja era un informe interno del Partido Laborista que hacía referencia a la célebre Cláusula IV de su acta de constitución, el compromiso histórico del partido de «garantizar para los trabajadores, tanto manuales como intelectuales, todos los frutos de su diligencia... a partir del principio de la propiedad compartida de los medios de producción, distribución e intercambio, y el mejor sistema posible de administración y control popular de cada sector o servicio». Desde 1959, siempre había alguien dentro del partido que quería eliminar aquel compromiso con el concepto de nacionalización, pero los sindicatos habían resistido las presiones. Debido a su talento para interpretar las señales, Iris sabía muy bien lo que anunciaba aquel informe interno. A raíz de las derrotas recientes, los líderes del partido se estaban preparando para abandonar —incluso como una vaga ilusión— el sueño de compartir la propiedad sobre los servicios públicos, las fábricas, los ferrocarriles y los distintos mercados y calles mayores donde se desarrolla el comercio. El juego ha terminado, pensaba Iris.

—Mil novecientos ochenta y siete es un año tan bueno como cualquier otro para que los sindicatos mueran y pasen al olvido, haciendo compañía a nuestras universidades. Y también para que yo vuelva a mis tapices. —Que es precisamente lo que hizo.

Iris había aprendido el arte de tejer elaborados tapices durante su estancia en Camerún. Sus profesores habían sido los habitantes de los pueblos donde se hospedaba mientras se dedicaba a documentar sus idiomas. Allí la costumbre era que las mujeres trabajaran todo el día en el campo, mientras los hombres se quedaban en casa para cocinar, limpiar, cuidar a los niños y tejer. Aprendió a tejer tapices de la mano de unos hombres cuya posición social dependía de la belleza de sus obras, y cuyas técnicas de costura, que no parecían seguir ningún patrón, liberaron su imaginación. El resultado serían unas deslumbrantes representaciones de complejas, y en ocasiones libidinosas, escenas que se inspiraban en la imaginería africana, europea, india y japonesa.

Iris interpretó el triunfo de Thatcher como la señal de que era el momento de retirarse a su cubil y entregarse a una forma

artística que desafiara las estructuras familiares de la sociedad. Cómo no, en un par de años ya habían empezado a venderse a unos precios muy respetables en las galerías de Londres y Ginebra, incluso en subastas. Mientras escribo estas líneas, uno de los primeros tapices que confeccionó aquel verano, que muestra a un luchador de sumo realizando un baile erótico en Buckingham Palace, cuelga sobre mi mesa; su superficie lanosa está un poco deshilachada y ya amarillea, pero su poder irreverente permanece intacto después de cuarenta y ocho años.

Por la noche, sin embargo, todo seguía como siempre en la casa adosada de Iris en Brighton. Su hogar siguió siendo el santuario de siempre para nuestro círculo de amigos y conocidos, que muchas noches se reunían en su casa para debatir y tomar una copa, y para recibir en igual medida los ánimos, vítores y reproches de Iris. En los años siguientes se comportó como una contradicción bien elaborada: la gregaria reclusa de Brighton que acogía con pasión a cualquiera que necesitara su apoyo mientras, al mismo tiempo, evitaba meticulosamente el compromiso con cualquier causa o persona. Hasta que, claro está, Eva entró en escena veinticinco años después.

Eva

Eva se instaló en la casa contigua una tarde de verano de 2012. Aquella californiana de veintiocho años llegó en taxi, directamente desde Gatwick, con su hijo Thomas, que por entonces sólo tenía cinco años, y acompañada de tres grandes maletas. Minutos después, Iris llamaba a su puerta con cierta insistencia para invitarla a tomar una copa de vino, como gesto de bienvenida, y para conocer a quienquiera que estuviera de visita durante la velada.

Tras acostar a Thomas y enlazar el intercomunicador del niño con su teléfono móvil, Eva decidió pasarse por casa de Iris. En su presentación ante los asistentes, Eva explicó que se había trasladado a Brighton desde Estados Unidos para dar clases por primera vez en la Universidad de Sussex. Hacía un año más o

menos que había terminado su doctorado en Princeton, cuyo título («Tres ensayos sobre modelos de teoría de juegos en la psicología evolutiva») ofrecería a Iris un sinfín de oportunidades para reírse sin piedad de ella a lo largo de los años. Las burlas, sin embargo, escondían una creciente empatía, debida, en parte, al descubrimiento de que Eva se encontraba en plena fuga: tanto su carrera académica como su pasaje a Inglaterra eran los ingredientes de una huida mucho más amplia. Lo que por aquel entonces Iris jamás hubiera podido imaginar era la distancia que recorrería Eva en su huida trece años después, durante los últimos días de 2025.

En la historia de Eva, la casualidad y el talento para las matemáticas eran fundamentales. En 2006, tras licenciarse en Física Teórica en Stanford con sólo veintidós años, decidió seguir a su privilegiada estirpe para probar las mieles de Wall Street, primero como becaria en Goldman Sachs y después como ingeniera financiera con un sueldo absurdo en Lehman Brothers, el *Titanic* del mundo financiero. Cuando Lehman chocó contra su iceberg en otoño de 2008, Eva no sólo abandonó un barco que se iba a pique, sino también el enorme escándalo asociado. Tras unos meses que dedicó a aclararse las ideas, se matriculó en la Facultad de Economía de Princeton a comienzos de 2009, decidida a perderse en teorías abstractas, completamente matemáticas, y a refugiarse en los sermones económicos que le habían permitido mantener un cierto rigor como financiera.

Poco después de llegar a Princeton descubrió que estaba embarazada. Iris se dio cuenta de la meticulosidad con la que Eva evitó mencionar al padre, para proceder a relatar enseguida los nueve meses vividos en un peculiar aislamiento, con la mente y el cuerpo en dos reinos completamente divergentes: mientras la primera navegaba a través de las abstracciones más extremas, el segundo, con un niño creciendo en su interior, la dotaba de una conciencia sobre su propia condición material como jamás había conocido.

Durante los dos primeros años de la vida de Thomas, Eva apenas vio a nadie que no fuera su hijo o, en alguna ocasión, su supervisor en la universidad. Iris se la imaginaba como un cruce

entre una *pietà* de la Costa Este y un teniente traumatizado que escapa de la carnicería del campo de batalla y se retira al monasterio que había bendecido las santas masacres de sus generales.

—Huyó de Wall Street para esconderse en Princeton —recuerdo a Iris mascullando— y pulir las teorías que apuntalaban sus crímenes financieros en Lehman.

Y en 2012, con un reciente doctorado en su haber, Eva se retiró otra vez, en esta ocasión para abandonar su país y su lucrativo sistema universitario por Gran Bretaña y la Universidad de Sussex. No había llegado a la treintena y la vida de Eva ya parecía una operación de evacuación permanente.

Iris y Eva provenían de universos intelectuales y morales diferentes, pero, como al final llegarían a reconocer, fue su sentido compartido del trauma y la paradoja lo que colocó los cimientos de un vínculo de lo más peculiar. Iris, la magnífica teórica y practicante de la acción colectiva, operaba como un ejército de una sola mujer. Eva, una individualista a toda prueba, sentía un profundo desamparo y la ausencia de lazos humanos en su vida. Aunque ninguna de las dos quería reconocerlo, la paradoja de una era el reflejo de la contradicción de la otra. Y lo mismo sucedía con sus traumas.

Eva había nacido en 1984, el año de la huelga de los mineros. El fracaso de aquella huelga fue el Waterloo de Iris, que marcaría su vida con el sello de la derrota permanente. Pero si la huelga de los mineros había representado todo aquello para Iris, el hundimiento de Lehman Brothers tenía el mismo significado para Eva. Y si en 1984 nos dimos cuenta, con profundo pesar, de que viviríamos el resto de nuestra existencia como perdedores de la historia, en 2008 Eva descubrió que la historia irrumpía en su casa con la misma fuerza destructora, capaz de romper cualquier alma y socavar todo optimismo. A su manera, las dos habían vivido la impactante epifanía de que su mundo había dejado de existir. Aquello demostraría ser la fuerza que las acabaría arrasando, a pesar de su resistencia extenuante, por el camino que conducía a una extraña pero firme amistad.

Aquella noche de verano de 2012, cuando Eva cruzó el umbral de Iris por primera vez, el ambiente dejó atrás la alegría

para dar paso a la incomodidad de una forma bastante brusca. Iris había invitado a Eva para actuar como una buena vecina, por solidaridad feminista con una madre soltera que estaba sola y en apuros en un país nuevo... y por simple curiosidad. Pero en cuanto Eva mencionó su pasado bancario, Iris no pudo contenerse.

—Lo único que los banqueros saben hacer bien es absorber todo el oxígeno de la sociedad —afirmó Iris—. Dedicar una cantidad extraordinaria de recursos a los mayores timadores, mientras conceden préstamos que siempre son demasiado grandes o demasiado pequeños, pero nunca, nunca a aquellos que de verdad necesitan el dinero o que planean hacer cosas útiles con él. Así que, en general —espetó a Eva con una cierta condescendencia—, creo que es bueno que hayas pasado de destrozar las vidas de la gente a escala planetaria a contaminar las mentes de la juventud de Inglaterra con tus sermones sobre la eficiencia de los mercados financieros.

Eva carecía de la encantadora insolencia de Iris, pero tampoco se dejaba acobardar.

—La gente comercia en los mercados por el mismo motivo por el que hacen negocios cumpliendo con las leyes de la gravedad —contraatacó—. ¿Propones eliminarlas también? ¿Es que dotar a los jóvenes de las habilidades que necesitan para sobrevivir en el mundo en el que viven no es preferible a contaminar sus mentes con un sinfín de utopías?

—Mi querida Eva —respondió Iris—, la universidad no va de enseñar conocimientos y habilidades. Va de producir subordinados flexibles que se mueran de ganas de hacer lo que les dicen. Tú estás ahí para fabricar a jóvenes dispuestos a ser moldeados a partir de las prioridades de sus futuros jefes. Y el primer paso es conseguir que se traguen sin rechistar tu fe en que los mercados son tan naturales como la gravedad, y en que el beneficio es la única aspiración que vale la pena.

Ahora la una y luego la otra, Eva respondía a todos los insultos de Iris con sus réplicas pasivo-agresivas.

—No niego el daño que han hecho los mercados y la especulación —contestó Eva en un momento de la discusión—, pero hacer dinero sucio nunca podrá perjudicar tanto a la humanidad

como tus sueños colectivistas. Tienes buenas intenciones, pero estás preparando el terreno para el próximo *archipiélago gulag*. Te opones a la mercantilización. ¡Mi trabajo consiste en convencer a mis alumnos de que es la mayor esperanza de la humanidad!

En un gesto poco habitual, Iris permitió que Eva continuara con su perezosa respuesta. Resultaba evidente que la joven estadounidense había tocado alguna fibra sensible; sin lugar a dudas, la misma que hacía años había causado su abandono de la vida universitaria y el activismo político. Frustrada por el autoritarismo de la izquierda, Iris se veía ahora —por primera vez en su vida— anhelando una dosis del empobrecido libertarianismo de Eva.³ Así que, en vez de escoger una respuesta fácil, de la docena que como mínimo tenía a su disposición, Iris sólo sonrió, levantó su copa y, recurriendo a Shakespeare, como hacía a menudo cuando se sentía pícara y traviesa, brindó a Eva una pomposa bienvenida a Inglaterra, a «esta preciosa isla situada en un mar de plata». Fue el final de su primera confrontación.

Tras unos breves instantes, Eva se excusó diciendo que Thomas llevaba demasiado tiempo solo y dio las buenas noches.

«Pobre chica, no tiene ninguna oportunidad —garabateó Iris en su diario aquella noche—. Esta Inglaterra nunca yació, y nunca yacerá, a los orgullosos pies de un conquistador.»

Eva ya empezaba a formar parte de ella.

Costa

Costa llegó a nuestro círculo mucho antes que Eva. Me crucé con él por primera vez en el King's College de Londres, en 1989, en otra tediosa asamblea dedicada a machacar a Thatcher. Ingeniero competente, nacido en Grecia, educado en Alemania y, por aquel entonces, trabajando en Ámsterdam, Costa había sido in-

3. *Libertarianism* en inglés, «liberalismo radical». El calco evita la traducción «libertario», que en español se asocia al ideario anarcosindicalista. (*N. del t.*)

vitado para ofrecer una perspectiva de izquierdas sobre lo que pronto se convertiría en la nueva economía. Su profético discurso no tenía ninguna oportunidad ante aquel auditorio.

En 1989, la izquierda británica se había levantado en armas contra la famosa *poll tax* de Thatcher y su inminente implantación, primero en Escocia y luego en Inglaterra y Gales.⁴ Incluso los miembros del público más versados en las nuevas tecnologías todavía trabajaban en torpes Amstrads⁵ con disquetes y sin conexión a internet. ¿Qué podían hacer con el apasionado llamamiento de Costa a combatir el *establishment* con «mensajería digital, ingeniería financiera e inteligencia artificial»?

—¡Las fantasías propias de la ciencia ficción son un lujo cuando la gente está sufriendo, colega! —gritó una persona entre el público.

—El capitalismo y la ciencia ficción comparten una cosa —respondió muy tranquilo—. Negocian con activos futuros usando una divisa ficticia. Incluso si estas herramientas aún fueran exclusivas del mundo de la ciencia ficción, son nuestra mejor defensa. Créeme, a la mínima oportunidad, los poderosos van a librar una guerra sin cuartel contra todos nosotros usando esas armas de alta tecnología. Tenemos que desplegarlas primero si queremos tener alguna posibilidad de defendernos.

Su indiferencia ante la hostilidad de la muchedumbre me recordó mi primer encuentro con Iris, hacía siete años. Al terminar, sólo necesitamos una pequeña conversación para dejar claro que compartíamos demasiadas cosas. Les echamos la culpa a nuestros mismos orígenes, en la isla de Creta. Nos fuimos juntos de la asamblea y acabamos en un descuidado restaurante hindú

4. Impuesto introducido por el gobierno Thatcher en 1989 que modificaba la financiación de los entes locales, que hasta entonces dependían en gran medida del Impuesto de Bienes Inmuebles, calculado a partir del valor de la propiedad. El *poll tax* era un impuesto per cápita, igual para todo el mundo (con tipos reducidos para algunas excepciones, como estudiantes y parados). (*N. del t.*)

5. Microordenadores de ocho bits que se popularizaron en la década de 1980. (*N. del e.*)

unas cuantas manzanas al sur del Támesis, donde seguimos hablando hasta pasada la medianoche.

Hombre algo tímido, y más o menos de mi edad, Costa había sido simultáneamente un evangelista y un hereje de la tecnología desde su adolescencia en Arjanes, una pequeña aldea al sur de Heraclión. Tras el instituto, como muchos griegos de mi generación, se marchó a «Europa». En 1979 se matriculó en la Universidad de Stuttgart para licenciarse en Ingeniería. Cinco años después, en cuanto se graduó, recibió una oferta de Dornier para diseñar el software que guiaba sus misiles. Durante tres años, su fascinación por los desafíos de la ingeniería entró en directa contradicción con su conciencia. Para 1988 su conciencia había ganado y Costa presentó la renuncia. En menos de un mes encontró el trabajo de sus sueños en Cornea PLC, una pequeña empresa de Ámsterdam donde trabajaría diseñando implantes biónicos para personas ciegas.

Costa sólo llevaba un año en Cornea cuando nos conocimos, pero, de nuevo, el desencanto ya había hecho mella en él. Había descubierto que el impulso empresarial por el beneficio no era menos mortífero en el sector sanitario que en el armamentístico. Unos meses antes, había diseñado una mejora para un microchip que ampliaba enormemente las capacidades del implante; un avance que comunicó rebosante de satisfacción a sus superiores. Como respuesta, recibió una nota donde le felicitaban por el rendimiento del nuevo dispositivo, para a continuación informarle de que esa nueva versión del chip tendría que quedarse en un cajón. La intención de Cornea era seguir vendiendo el chip actual, muy inferior, de forma indefinida.

Cuando Costa protestó, su superior inmediato le explicó el razonamiento de la empresa. Su principal competidor estaba sufriendo para mejorar el implante que Cornea ya comercializaba, que tenía un coste bajo y se vendía bien. Por lo tanto, no era necesario disponer de una versión mejor y más cara para seguir en cabeza. En cambio, con sólo filtrar la información de que Cornea tenía una nueva versión esperando entre bastidores, sus competidores entenderían que era mejor abandonar las investigaciones, mientras que, al mismo tiempo, la empresa también evitaba

la posibilidad de que practicasen ingeniería inversa con el nuevo chip si salía al mercado.

—Mis jefes entienden —me explicó— que el mejor camino para llegar a los beneficios es establecer primero un monopolio, y después aplicar una estrategia que consista en matar de hambre al mercado de ese producto que han monopolizado.

La idea de que fuera posible negar a una persona ciega la ayuda que su chip podía ofrecer le llenaba de rabia. Las razones de la empresa para frenar su lanzamiento y el poder que tenía para hacerlo le revolvió el estómago. Aquellas dos emociones acabarían provocando su marcha de la empresa y el inicio de lo que sería una carrera profesional similar a una montaña rusa en los años siguientes.

Aquella noche, mientras le escuchaba, tuve una idea descabellada. Costa tenía que conocer a Iris. Era una jugada arriesgada. Sólo podía imaginarme que Iris le trataría de la peor manera, para poner a prueba su espíritu. Pero tenía la sensación de que el encuentro podía llevar a algún lugar interesante.

—Ven y te presentaré a la señorita Havisham de nuestra revolución fallida —le insistí. Al final conseguí convencerle, y la noche siguiente nos subimos al coche y fuimos a Brighton.

Si Costa estuviera hecho de un material más resistente, no me habría preocupado tanto. Pero parecía frágil, y en absoluto preparado para la excéntrica ferocidad de Iris. Afortunadamente, mis miedos resultaron infundados. Iris enseguida le cogió el gusto a Costa. Reconoció una extraña cualidad en él: la predisposición a absorber el sufrimiento de los demás para detener su transmisión y la bajeza que engendra. Para Iris, el universo tecnológico en el que vivía era completamente extraño, y por eso escuchaba entusiasmada las ideas que Costa compartía. Cuando se fue aquella noche para no perder el último tren a Londres, el cinismo natural de Iris seguía a raya.

—A pesar de su graciosísimo acento greco-alemán, tu nuevo amigo es la reencarnación de William Morris —dijo entusiasmada—. Hay algo en él que detesta los métodos deshumanizados con los que se producen las nuevas tecnologías. Si existiera la posibilidad de que los humanos que las fabrican pudieran elabo-

rarlas como artesanos... no como máquinas que engendran a otras máquinas. Y, sin embargo, eso no impide que siga apreciando la belleza y las virtudes que nos ofrecen.

Costa abrió a Iris una ventana a un nuevo mundo. Desde un principio quedó claro que ella consideraba aquella forma de ver las cosas tan hipnótica como desconcertante. Y así comenzó una amistad que duraría el resto de sus vidas.

Ahora me doy cuenta de que, con la llegada de Eva a nuestro círculo, muchos años después, se habían juntado tres personas que, cada una a su manera, primero habían sido seducidas, y después vencidas, por la modernidad: Iris, por la larga sucesión de decepcionantes desastres protagonizados por la izquierda, desde la tragedia vivida por sus heroínas del Viejo Continente, Rosa Luxemburgo y Aleksandra Kolontái, hasta el triunfo de la Gran Bretaña de Thatcher; Eva, por las armas de destrucción masiva del mundo financiero y el «riesgo sin riesgo» que ella misma había vendido; Costa, por cometer el error de poner su fe en manos de los poderes emancipadores de la revolución digital.

Cada uno de ellos acabó viviendo en un aislamiento autoimpuesto. Iris, en su casa adosada de Brighton. Eva, en la universidad inglesa. Costa, como veremos más adelante, en su laboratorio. Pero gracias a su amistad y a la reacción de Costa a su particular dilema, aquel aislamiento se transformaría en algo muy parecido a su perfecto opuesto; al menos durante unos breves y apasionantes meses de la segunda mitad de 2025.